

do menos consideracion, no es estraño nuestro modo de proceder, en lo cual no creemos hacer injuria á la sinceridad de la historia.»

Pero nada de estraño tiene que carezcamos de medios seguros para escribir la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA en España durante el período comprendido en este capítulo, teniendo en cuenta que si bien en el siglo II de la Iglesia se escribieron las primeras apologías con alguna libertad, bien pronto las persecuciones mas sangrientas sucedieron á ese pequeño respiro, buscándose con empeño los libros santos para consumirlos y á los propagadores del Evangelio para hacerlos enmudecer. España no fué la última en ofrecer su tributo de sangre en aras del altar santo que se elevaba en la cima del Calvario; sus innumerables mártires, sus confesores, sus ilustres prelados, oradores fueron y con elocuencia sublime contribuyeron á arraigar en nuestro suelo una creencia, á la que hemos debido despues todas nuestras glorias y deberemos nuestro futuro engrandecimiento: la palabra de verdad no se estinguíó jamás entre nosotros desde los tiempos apostólicos; la tradicion, la doctrina se conservó en toda su pureza; donde la voz faltaba, predicaba el ejemplo, y la oracion se elevaba al cielo desde las ásperas selvas é inaccesibles montañas, atrayendo sobre los hijos de España beneficios inmensos escritos con caracteres indelebles en las historias todas á las que en este momento con satisfaccion increíble y orgullo nos referimos.

CAPITULO IV.

EDAD DE ORO DE LA ELOCUCION CRISTIANA: *Preliminares:* El Paganismo: paz y constitucion de la Iglesia: triunfo del Catolicismo.—*Padres de la Iglesia griega:* San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Basilio el Grande, San Gregorio de Nissa y San Astero.

Hemos terminado en el capítulo anterior uno de los períodos mas notables de la historia eclesiástica; vamos á comenzar en este uno de los mas gloriosos de la elocucion cristiana. El siglo IV no es tan solo una época memorable para la religion, lo es tambien para las letras; edad de oro de esa literatura que en una de sus mas brillantes manifestaciones venimos estudiando, nos ofrece los mas raros ingenios, las mas asombrosas capacidades, los talentos mas sublimes, que como modelos acabados, como faros luminosos debíamos presentar á la admiracion de nuestros lectores.

Mucho era necesario que meditásemos antes de escribir una sola línea acerca de los ilustres predicadores de que vamos á ocuparnos: críticos, filósofos, literatos y publicistas sin número se han visto precisados á detenerse ante esas colosales figuras que nos ofrece el genio cristiano, enmudeciendo de asombro al querer sondear sus inimitables concepciones. Tambien por nuestra parte hubiéramos desistido de empeño tan

superior á nuestras débiles fuerzas; nos alienta, sin embargo, el espíritu recto que nos anima, la idea que ha producido nuestra decision para llevar á cabo un pensamiento que mas tarde acaso podamos perfeccionar. No es ingrata para nosotros esta tarea: dulce, consoladora por el contrario en medio de la tumultuosa agitacion que constituye la vida del que por patrimonio único tiene su pluma, hace muchos años que nos proporciona horas deliciosas de meditacion y de suprema dicha. Este libro, escrito con la tranquilidad, con el sosiego que ambiciona nuestra alma y nuestro fatigado espíritu, quizá fuese algo mejor y algo mas útil; al corregir para dar á la imprenta las cuartillas que teniamos preparadas, no hemos podido resistir la tentacion de volver á repasar los libros que nos proporcionaron momentos tan placenteros, y estos, y otros dados á luz con posterioridad, han contribuido á enriquecer el escaso caudal de nuestra erudicion, y á ensanchar el limitado horizonte de nuestra inteligencia, impidiendo que hayamos satisfecho en algun tiempo la ansiedad de los que, por el asunto sin duda, desean la terminacion de este libro: antes de hacer al público la oferta de este trabajo estábamos dispuestos á contrarrestar todo género de obstáculos, á vencer toda dificultad, á no omitir sacrificio alguno, y como entonces, hoy en nada ha disminuido nuestro entusiasmo.

Despues de haber hecho la anterior manifestacion, que rogamus nos dispensen nuestros lectores, detengámonos por algunos instantes, antes de entrar en el periodo que en la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA comienza en San Atanasio y termina en San Agustin, y bien pronto sentiremos la necesidad de retroceder algun tanto para estudiar con mayor fruto época tan memorable, para darnos cuenta de la pasmosa revolu-

cion que en la marcha de las ideas y en los acontecimientos humanos tiene entonces lugar, para medir la importancia de los grandes hombres que combaten el paganismo y esparcen la fecunda semilla de la verdad por la redondez de la tierra, para contemplar, en fin, la desaparicion del genio de la antigua Roma entre las ruinas del politeismo, debida al poder y al influjo de la palabra, instrumento visible de que se vale la Providencia para el logro de sus designios en bien de los pueblos y del triunfo de la verdadera libertad y del progreso de las naciones.

¿Cómo aquella civilizacion tan floreciente, cómo aquel imperio tan colosal, aquel arte clásico que tan admirables creaciones habia producido, pudo humillar su frente y ocultarse avergonzado á la voz de los Padres de la Iglesia, de los hijos mas ilustres de esa idea regeneradora á quien la ignorancia y el orgullo se atreven á calumniar en nuestros dias?... Asunto es este de importancia suma y sobre el cual se han hecho muy equivocadas apreciaciones.

Sin referir las causas todas que á este gran suceso contribuyeron, obligacion teniamos de consignar aquí que la elocuencia de los Padres fué la mas importante, la mas directa de las que ocasionaron la caida del paganismo. La espada de los bárbaros, rayo vengador que vino á destruir por la fuerza el imperio de la fuerza; el cansancio, la fatiga de tantas generaciones extraviadas en una serie indeterminable de horrores y supersticiosas creencias, la conversion de Constantino, y los sucesos que despues de ella tienen lugar, no esplican suficientemente, ni determinan la desaparicion del genio antiguo; solo el gran poder de la elocuencia de los Padres satisface por completo en este punto histórico la mas exigente curiosidad.

Las doctrinas de Platon y del estoicismo, las mas altas elocubraciones de la filosofia se desprestigian por la sencillez de las verdades cristianas: los retóricos y los oradores, vencidos por los Apologistas y mas tarde por los Santos Padres, se ven precisados á guardar un vergonzoso silencio, y perdiendo la fé en sus antiguas creencias, los hombres mas distinguidos y los pensadores mas profundos de las antiguas sectas combaten el politeismo ó hacen desesperados é inútiles esfuerzos por rehabilitar el antiguo culto.

En vano Ovidio en sus *Metamórfosis* procura presentar las bellezas de la mitología bajo el mágico atractivo de su enérgica y cadenciosa rima; su talento no acierta á producir una obra acabada, pues falta en ella la verdad: Tito Livio por su parte tambien intenta reanimar el abatido espíritu romano de los dias florecientes de la república; otros muchos les imitan, pero sus esfuerzos contribuyeron á poner mas en relieve la ruina del gentilismo y el preságio seguro de una muerte cierta.

El exámen de las obras de los poetas y literatos de aquella época dá á conocer bastante hasta dónde llegaba la supersticion romana: Ennio tradujo las *Historias Santas*, libro en el cual Evhémero su autor, apoyándose en las inscripciones que habia recogido en un viaje hecho por orden de Casandro, procuró demostrar que todos los dioses habian sido personajes históricos, señalando el lugar de su nacimiento, sus principales hazañas y el sitio en que estaban sepultados: *Ad Evhémero, quem noster et interpretatus et secutus est præter cæteros Ennius, et mortes, et sepulturæ demonstrantur Deorum* (1): Lucilo, amigo de Scipion y el primer poeta satirico de

(1) Cic. de *Natura Deorum*, lib. I.

Roma, se mofaba, como antes de ahora hemos dicho, de la divinidad, comparando el poder de los romanos prosternados ante los ídolos consagrado por Numa, al de los niños cuando se figuran ser hombres vivos las estatuas de bronce: Lucrecio, mas sábio y mas enérgico que el viejo Lucilo, en sentir de Willemain, escribia para desprender los ánimos de las cadenas de la religion:

Relligionum animos nodis exsolvere pergo (1).

En las obras literarias, en el teatro, en las conversaciones, en todas partes se prescindia del respeto á las divinidades, dando á entender el absurdo incomprendible de haberlas respetado por tanto tiempo (2).

Pero donde mas se manifiesta la decadencia del politeismo, es en los escritos de los filósofos y de los hombres ilustres de aquella época. Las sectas filosóficas que habian sucesivamente dominado el ánimo de los griegos y los romanos, se reconocieron insuficientes para combatir los progresos del Cristianismo. Entonces se pensó en las doctrinas de Platon, en cuyo espiritualismo oriental ponian toda su confianza los enemigos de la cruz, y Plotino y Porfirio fueron los encargados de enseñar

(1) Lucr., lib. I.

(2) «Los templos, los teatros, los anfiteatros y los circos llenos estaban de corrupcion y de escándalo.» Señor Amador de los Rios, *Hist. crit. de la Lit. Esp.*, pág. 204, tomo I.—Véase á Tertuliano, *De Spectaculis*, cap. X; á Julio Firmio, *De error prophanar. religion.*, cap. IV; á Lucio Cecilio Lactancio, *Divin. hist. Epit.*, cap. IV; á San Agustín, *De civitate Dei*, lib. IV; á San Cipriano, sobre el mismo asunto y en libro á Donato, cap. II. Todos los Padres, así de Oriente como de Occidente, condenan enérgicamente todos estos crímenes, dando de ellos un testimonio irrefutable.

y vulgarizar estas doctrinas. «No sois vosotros, decia este último á los eristianos, no sois vosotros los únicos que teneis sublimes ideas acerca de la unidad de Dios, antes que vosotros las habia profesado y enseñado Platon,» procurando por este medio dar un sentido racional al politeismo, divorciándolo de la fuerza y del sensualismo; todos estos trabajos no produjeron resultado alguno, á pesar de que San Agustin confiesa que Porfirio era un genio nada vulgar y el mas hábil de los filósofos, y el historiador Eusebio y San Cirilo de Alejandría reconocen en él un mérito extraordinario: contra los quince libros de este filósofo escribió Eusebio de Cesárea cerca de treinta y Apolinar mas de sesenta. La gran obra de Eusebio, de *Preparatio evangelica*, es una gran refutacion de los escritos de Porfirio, y tambien le combatieron San Cirilo de Alejandría, Teodoreto, San Gerónimo, y por último el genio del gran Agustin. La doctrina de Porfirio, dice el señor Muñoz Garnica, no tuvo discipulos ni partidarios, pero sí muchos impugnadores; opinion de la cual nos vemos precisados á diferir, pues sabido es que Proclo procuró mas tarde restablecer la escuela mística de Plotino, y pretendió ser el último anillo, como dice, de una raza de hombres extraordinarios en los cuales se habia vinculado el saber y los misterios. Un célebre historiador de nuestros dias, al reconocer que la escuela alexandrina fué un progreso en cuanto vino á determinar los elementos peripatéticos que se encuentran en la doctrina de Platon purificándolos y elevándolos á lo absoluto, añade «que solo al Cristianismo le ha sido dado el privilegio como enseñanza divina de mostrar al mundo la verdadera idea de la accion libre del Criador y la criatura.»

La fórmula simbólica que para combatir la idea cristiana

adoptó la escuela neoplatónica despues de Plotino, no podia tener aceptacion; era una mezcla informe de todas las religiones, la disolucion inevitable de un cadáver sometido por cierto tiempo á la accion de una sustancia activa y en apariencia incorruptible.

Juliano el Apóstata comprendió que era imposible impedir los progresos que hacia la nueva doctrina, que la ruina del politeismo se aproximaba, y procuró con astuta política restablecer las antiguas ciencias; condenando la violencia, proclamando que á nadie obligaria á cambiar de ideas, cerró las cátedras á los cristianos, les apartó de sí, los postergó en todas ocasiones, llenó de ídolos las bibliotecas y los parajes mas públicos, y pretendió lleno de orgullo desmentir esta consoladora promesa del Salvador: «Cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.»

Siguiendo en este trabajo de recapitulacion, y antes de llegar á los últimos tiempos del imperio, debemos fijar nuestra vista en los escritos de los hombres mas eminentes que Roma llegó á contar en su seno: Ciceron, Séneca, Varron y otros nos suministran nuevas pruebas de la decadencia del espíritu pagano; veámoslo.

Ciceron presenta en sus escritos las mismas contradicciones que nos ofrece su conducta como político, como orador y como filósofo. Su opinion sobre la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y los dioses del paganismo varía en todas sus obras. Adapta con estudio sus ideas á las circunstancias en que se halla, y no se sabe si calificarle con mayor propiedad de ecléctico que de ateo: lo cierto es que este gran hombre vacila entre opuestas ideas y refleja perfectamente en su espíritu el estado de una sociedad que duda de todas sus anti-

guas creencias, que anhela una fórmula suficiente á satisfacer sus deseos y sus esperanzas. En medio de estas contradicciones se encuentran en las obras de Ciceron luminosos principios, ideas fecundas que, contrariando las admitidas generalmente en aquella época, venian á combatir directa ó indirectamente el politeismo. El alma humana procede, segun él (1), inmediatamente de la divinidad, conserva cierta relacion con los seres celestiales, y por esto, de entre todos los animales, solo el hombre tiene conocimiento de Dios, bastándole para ello recordar su propio origen. A la vez que esto afirma admite muchos principios de los estóicos, sosteniendo que el justo puede ser feliz aun dentro del toro de Faláris (2), y los combate mas tarde porque se habian formado un ideal superior á las fuerzas humanas, y por consiguiente porque sus dogmas no le parecian aplicables á la vida práctica y real (3). Muy particularmente en los *Tusculanos*, en el *Tratado sobre la naturaleza de los dioses*, y en el *Tratado de la adivinacion*, á pesar de todas las protestas y las precauciones con que escribe para no atacar la creencia del Estado, se ven combatidos los principios fundamentales en que se apoyaba el paganismo. Lactancio le acusa con razon de haber aceptado las supersticiones de su tiempo y de no haber tenido bastante energia para colocarse frente al error y combatirlo; y en efecto, cuando habla como orador y no discurre como filósofo, acude muchas veces á despertar las creencias abandonadas, desea la intervencion milagrosa de los dioses, é invoca la inviolabilidad de los altares y la santidad de los antiguos ritos. Cuando se propone pre-

(1) *Tuscul.*, lib. I, cap. 2.º

(2) *De off.*, III, 4. *Tusc.* V, 1.

(3) *Tusc.*, II, 4.

sentar á Verres como un espoliador sagrado, fulmina sobre él todas las maldiciones de los dioses; si se propone defender á Fonteyo, invoca en su favor los manes tutelares de su hermana, que vela por la conservacion del imperio y por el sagrado fuego de Vesta. Las obras de Ciceron vienen á ser, pues, la prueba mas palpable del profundo descrédito en que habia caido el politeismo entre las personas ilustradas de Roma: el mismo orador, que censura á la juventud porque abandona el cuidado de los auspicios y de las funciones augurales, disculpa su conducta en el tratado de la *ADIVINACION*; y al paso que combatia en su fondo la creencia pagana, afirmaba que Dios no puede ser comprendido por nosotros mas que como espíritu soberanamente libre y desprendido de todo lazo mortal, *meus quaedam soluta et libera*; testigo de cuanto en el mundo se verifica, palanca del universo y dotado de un eterno movimiento (1). En esta confusion de ideas se descubre un gran progreso filosófico, favorable á la verdadera nocion del Sér Supremo.

No es menos notable para hacer ver la decadencia del paganismo, la obra de Varron sobre las *Antigüedades romanas*. En los últimos libros de esta obra, el autor sostiene que la religion debe dividirse en tres especies diferentes; llámalas *mitológica*, *natural* y *civil*. «La primera, dice, contiene muchas fábulas contrarias á la magestad y á la naturaleza de los seres inmortales, suponiéndoles nacidos del muslo ó de la cabeza de un dios y reos de atroces delitos; la segunda se compone de sistemas filosóficos acerca de la esencia de la divinidad; y la tercera se limita al conocimiento de los dioses admitidos por

(1) *Tusc.*, I, 26.

el culto público y á los deberes de los ciudadanos y de los sacerdotes en la celebracion de los sacrificios. La primera de estas teologías, añade Varron, es muy propia para el teatro, la segunda para el mundo, la tercera para Roma (1).» ¡Estraña manera de querer depurar la creencia pagana, de lo que en su concepto eran crásimos errores! Varron atacaba todas las tradiciones recibidas y clasificaba el número de los dioses del mismo modo que se hacia con los individuos que estaban obligados á pagar impuestos por su calidad de súbditos del imperio, y se negaba á admitir nuevas divinidades, porque estando esceptuadas del tributo las tierras dependientes de los templos, pesaba sobre ellos mucho mas el impuesto que se les exigia, con cuyo motivo escribia: «Los que han sido hombres, no llegan jamás á ser dioses inmortales.»

Séneca, siguiendo los principios de la filosofia estóica, condenaba los sacrificios y el derramamiento de sangre como medio de tributar homenaje á los dioses. «El culto que Dios exige no consiste en sacrificios ni en sangre derramada; ¿qué placer puede experimentar la divinidad porque se vierta sangre inocente? en nuestros corazones es donde debemos levantarle templos.... El es Señor de tierra y cielo y de todos los dioses, y ha creado todas las divinidades que adoramos (2).»

En Séneca se advierte la misma vacilacion que en el filósofo y el orador romano: confunde, como los antiguos estóicos, á Dios con el alma del mundo, ó bien con el mundo considerado como el gran todo, y en su sistema la Providencia no viene á ser en último término mas que el *destino*; equivocado

(1) «Prima theologia maxime accommodata est ad theatrum, secunda ad mundum, tertia ad urbem.» August. *De civit Dei*, lib. VI.

(2) Ap. Lac., VI, 25.

medio de llegar á una solucion precisa de la idea de Dios. El principio de que todas las cosas eran corporales se oponia á la admision de un espiritu puro dotado de libertad y personalidad; el alma no era para Séneca mas que un cuerpo compuesto de elementos sutiles; asi es que duda acerca de la inmortalidad, y en su consolacion á Polibio presenta dos hipótesis sin decidirse, ni escoger entre ellas. En la consolacion á Marcia, Séneca es mas esplicito entre la *nada y la vida futura*, y dice que los muertos no pueden experimentar dolor alguno, que el terror de los infiernos es una pura fábula, que la muerte es el fin de todos los dolores, y que nuestros males no se prolongan mas allá de la tumba, volviendo en ella á la calma que disfrutábamos antes de nacer.

El mismo filósofo que esto escribia, en una de sus epístolas (1) reconoce y ensalza mas adelante terminantemente la inmortalidad del alma. En cuanto á su opinion sobre el politeismo, basta para formar juicio acerca de ella, tener en cuenta que al propio tiempo que hacia la apoteosis de Claudio componiendo el discurso de Neron, se burlaba en una sangrienta sátira de este trabajo, y abrumaba con sus sarcasmos á todos los dioses del imperio; alarde mas digno de un retórico que de un sábio, dice Villemain, y que caracteriza perfectamente las épocas de envilecimiento en que el talento juega con las palabras y cree disculpa la mofa y el escárnio de sí propio.

Séneca proclama el suicidio, le considera como un acto de verdadero valor, pero no por esto se decide á morir hasta que se persuade que no vá á ser perdonado; entonces espera, tranquilo al parecer y lleno de vanidad, el término de una vida man-

(1) La 102.